

El valor de una vida

La vida es un bien único que cada uno de nosotros ha recibido pero sin consultarnos previamente; se trata, pues, de un regalo gratuito

En el fondo de mi conciencia siempre anida el recuerdo de aquella conocida, y en tiempos, muy admirada película de Frank Capra en la que se recurría a un artilugio: ¿qué cosas habrían sido diferentes si tú no hubieras llegado a existir? En contraste con esto no dejó de sorprenderme la alegría alborozada con que nuestras ministras se abrazaban al conseguir que siguiese adelante una ley que arroja sobre los hombros exclusivos de la mujer la decisión de dar muerte o vida a esa pequeña personita – persona al fin y al cabo – que lleva dentro desde catorce semanas antes. Y ni en la ley ni en sus comentarios, se hace alusión al varón, que, sin embargo tiene la responsabilidad de haber depositado el semen para fecundar el óvulo, de donde ese futuro había salido. Una curiosa tergiversación de las responsabilidades. Ninguna se reclama al varón y todas en cambio se depositan en manos de la mujer que, durante su vida puede llevar una especie terrible de lastre ya que no le es posible saber si, al cerrar sangrientamente la puerta, no ha impedido que llegara a existir un gran sabio o un gran artista o un gran político, como las mencionadas ministras sin duda se consideran. La vida es un bien único que cada uno de nosotros ha recibido pero sin consultarnos previamente; se trata, pues, de un regalo gratuito. Pero en latín «gratia» era una palabra sublime puesto que es aquello que se recibe sin que exista el deber o el compromiso de dar algo a cambio. Los grandes pensadores que formaron la Escuela de Salamanca, poniendo en claro doctrinas que ellos recibían, insistían en que los derechos naturales – nada tienen que ver con los del ciudadano – son tres y por este orden, vida, libertad y propiedad. Bien entendido que lo que en el «derecho de gentes» se llama libertad no tiene nada que ver con ese desfasado concepto de nuestros días, hacer lo que a uno le da la gana siempre que los hombres políticos no lo hayan prohibido con sus leyes y también la propiedad se refería ante todo a la tierra y al que la trabaja o al empleo que formaba entonces el patrimonio de las artesanías. La vida humana tiene otro signo distintivo en relación con los otros seres vivos, a los que también debemos respeto. Pues hombre y mujer no se limitan a transmitir un don biológico ya a dejarlo suelto en el mundo; transmiten el amor que es la esencia misma de la vida. De ahí la enorme importancia que revisten las relaciones sexuales: están destinadas a producir



La eutanasia está ya, como una sombra, en la mente de muchos: para nada sirve un viejo, ya que en nada me importa su experiencia

dos cosas y ambas de enorme valor: la procreación y ese amor que entre hombre y mujer se afirma en la profunda intimidad de su relación. Perdónenme que hable tan claro; al mismo tiempo es lo más valioso. De este modo descubrimos que, aun en los casos de esterilidad la relación sigue siendo valiosa, ya que en ella debe florecer algo que se transmite al mundo que a cada persona rodea. Nuestro tiempo está amenazado hoy por dos inversiones. La que los sociólogos han denominado «revolución sexual americana», y la sustitución del amor por el odio

como forma de relación. La primera trata de enseñarnos que el sexo no es otra cosa que una satisfacción individual, que debe acomodarse a ciertas normas patológicas como sucede con las buenas comidas. Entre estas normas nuestra ley incluye que las niñas de dieciséis años puedan desembarazarse del estorbo, sin tener que dar cuenta al varón que con ellas compartió el deseo, ni a los padres, posibles abuelos de ese fruto. Y, por su parte, el odio, que se fomenta con argumentos étnicos o económicos, tiende a destruir la vida o, al menos, a reconocer el derecho a acabar con la de los demás. No en vano tenemos que calificar al siglo XX como «el más cruel de la Historia». Sería muy importante, en cambio, descubrir los medios que permiten conservar la vida. Mueren diariamente muchos seres humanos a causa del hambre. Y sin embargo el progreso en las técnicas garantiza hoy la posibilidad de producir alimentos más que suficientes para atender a todos. ¿Por qué no lo hacemos? Hemos colocado los intereses materiales y los beneficios del capitalismo por encima de los valores morales. Si seguimos por este camino aún iremos mucho más lejos. Roma vivió esta experiencia: al multiplicarse los abortos y despojar de amor a las relaciones, poco a poco la inflexión biológica, unida al adelanto en los planes de jubilación que se reclaman con tanto ahínco, harán que se inviertan a las relaciones en el seno de la sociedad. Un número decreciente de jóvenes tendrán sobre sí la responsabilidad de sostener a los viejos que son más numerosos que ambos. Hay dos remedios, uno traer de fuera seres que no hayan sido desprovistos del derecho a la vida alienando a este modo la cultura de la sociedad, o simplemente hacer extensivo a los viejos esa condena a la destrucción que ahora se impone a los no nacidos. La eutanasia está ya, como una sombra, en la mente de muchos: para nada sirve un viejo, ya que en nada me importa su experiencia, pro naturaleza «arcaica». Lo mejor es poner, en uno y otro extremo, límites al derecho a vivir. Acaso haya que hacer en todo esto una excepción: los políticos tienen derecho a un «retiro» a veces bien remunerado, pero no a una «jubilación». La edad no parece un término que deba pensarse. Y detrás de estas reflexiones vuelve a asomar una pequeña luz de esperanza: solicitar el retorno de la vida como protagonista de la sociedad. ¿Verdad que es sumamente bella esa esperanza? Ganémosla antes de que sea demasiado tarde.

DOBLE FILO

USA y los débiles



Cristina L. SCHLICHTING

Hace doce años que conocí a George Bush en Tejas. Recuerdo su sombrero y sus botas y algunos puntos de vista originales para un europeo, entre otras cosas su insistencia en la pena de muerte que, como tantos norteamericanos, justificaba por razones económicas (es más barata que la cadena perpetua). Admiro a EEUU, envidio su patriotismo y su dinamismo social, su capacidad de favorecer al emprendedor y su respeto por la religión. De aquel viaje recuerdo también la estancia en el Bronx, con las monjas de Teresa de Calcuta y la impresión que me causó conocer a una asistenta completamente arruinada a causa de un cáncer. Aquella mujer no había remontado su enfermedad pero se reconocía incapaz de destinarle un dólar más. Estaba empeñada hasta las uñas. Como española yo no conseguía vincular la ruina y el cáncer. Confieso mi absoluta incapacidad para entender los argumentos de los liberales en contra de la reforma sanitaria. Prefiero cien veces a George Bush que a Obama y, sin embargo, entiendo que se ha logrado un gran hito con la extensión del sistema sanitario americano. También me admira que se haya logrado con la oposición de un sector de los demócratas al aborto y con el compromiso del presidente (claramente abortista) para que el sistema público no financie el final de los fetos. Me gustan los sistemas flexibles, no sujetos a imposiciones ideológicas. Ojala, algún día, veamos a los del PSOE votar a favor de una medida socialmente progresista y, a la vez, en contra del aborto. Como dijo Miguel Delibes tantas veces, es inconcebible

EL DESVÁN

La hija de Otegi

Carmen GURRUCHAGA



Vaya por delante mi convicción de que los niños no tienen por qué sufrir las consecuencias de actitudes irresponsables de sus padres; y no excluyo a ninguno. Pero sucede que a veces, sus progenitores, o uno de ellos, se convierten en delincuentes, dan con sus huesos en la cárcel y el vástago padece la ausencia de esa figura paterna o materna. Esta obviedad es respon-

sabilidad exclusiva de quien toma la decisión de saltarse la ley sea ladrón, violador, narcotraficante o terrorista; pero de nadie más. Otegi y Permach deberían haber pensado en sus hijas antes de enrolarse en aventuras ligadas al terrorismo, en lugar de alegar ahora desde prisión que las niñas sufren secuelas psicológicas por la falta prolongada del

padre. Por cierto, el galeno que firma este padecimiento psicológico es el mismo en ambos casos y no tiene su consulta en Guipúzcoa, que es donde viven las hijas de los batasunos, sino en Bilbao. Sorprende tanta sensibilidad en personas que jamás ha sugerido a los etarras que dejen de calificar de escudos humanos a los hijos de los miembros de las FSE que han

resultado heridos cuando sus padres los llevaban al colegio o al médico. Tampoco se les ha visto no ya derramar una lágrima sino un simple ademán de compasión ante tantísimo huérfano generado por los asesinatos de sus compañeros ideológicos... En fin, que si no fuera un auténtico drama sería para llorar de risa. La pena es que sólo da para llorar.